



# Revista Asia América Latina


ISSN 2524-9347

Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina  
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe  
Universidad de Buenos Aires



**ROBLEDO, GONZALO. UN PAÍS SIN BESOS – ENSAYOS SOBRE JAPÓN**

Ediciones Evohé, 2022. 174 pp.

**Silvia Lidia González** 

Universidad de Estudios Internacionales de Kanda  
silvia-g@kanda.kuis.ac.jp

Japón es un país rico en muchos sentidos. Su amplia potestad contempla recursos entre la naturaleza, el arte, la cultura popular, la tecnología, la gastronomía... ¡pero no besos! ¿Cómo viven los japoneses? Más allá de la pregunta que procede del asombro por este escaso patrimonio afectivo, que creemos universal, este libro nos muestra en breves y nutridos textos, la fibra de vida que se entreteje en ese pequeño, pero robusto cuerpo nacional nipón.

¿Qué hay en ese vacío, donde no caben los besos? La inspiración budista del *yohaku* y el *ma*, que encuentran la belleza en el espacio vacío y el momento de silencio, nos lleva a pensar que en la ausencia hay mucho más de lo que imaginamos. Una especie de estética de la sustracción. Donde no hay besos, Japón ofrece otras singulares formas de pasión y consideración a los seres alrededor. La nada es fértil, cede paso al todo, a «la fuerza intimidatoria de Todos» (p. 113) como un todopoderoso.

En nuestra apresurada y sobreestimulada era digital, el libro de Gonzalo Robledo es un remanso de letras. Como una tarjeta de presentación, merece tomarse con las manos en alto y una venia, ponerse sobre la mesa y llamar la atención sobre su contenido, su esencia: esa paradójica convivencia del todo dentro de la nada; del ruido dentro del silencio; de la belleza dentro de la imperfección o la ausencia.

El volumen se compone de doce secciones, que agrupan un total de 68 capítulos breves, dedicados a fascinantes episodios de la vida social, cultural e histórica de esta nación oriental. Los textos proceden del sostenido ejercicio periodístico del autor, quien llegó como corresponsal a Tokio en 1981 y acumula un número significativo de despachos periodísticos desde y sobre Japón. Los profusos detalles de la vida japonesa seleccionados para esta edición siguen un orden interesante, exponiendo fragmentos que van de lo individual y sensorial en la vida nipona, hasta la proyección internacional.

En las primeras cuatro secciones, se puede sentir y casi escuchar la estruendosa prisa de millones de japoneses en la carrera para ganarle al reloj; lo mismo que los bien sostenidos silencios, a veces perturbadores para los extranjeros. El oído entiende además los mensajes que provienen de las

onomatopeyas, como frases contundentes y hasta literarias. El gusto pasa por algunos episodios de esta experiencia sensorial. Y da paso al olfato, al contraste entre el aroma de la limpieza y la desinfección, frente a los tufos extraños. O incluso los domésticos, representados en los zapatos del jefe de familia que – según una de tantas encuestas auto reveladoras– corresponden al «hombre más pestilente del mundo» (p. 38) para las adolescentes niponas. Los sanitarios más modernos, elegantes y tecnológicos, subliman cualquier hedor, ante el impacto visual. Y así, el lector va descubriendo lo que se ve e incluso lo que no se ve en Japón, como los besos. Lo que no se toca, como la piel del otro, o el hombro de una víctima tras una terrible catástrofe nuclear o sísmica.

Dos secciones centrales del libro conducen a la reflexión sobre ese complejo proceso humano que derrumba la experiencia sensorial. Cuando el individuo –en silencio, en soledad, en un rincón despoblado, radioactivo, sacudido o desesperanzado– se vuelve un problema nacional. De ahí que las noticias sobre la creación del Ministerio de la Soledad en los años de la pandemia o el índice de suicidios por esa causa no dejen de sacudir compasivamente a quienes se asoman a los callejones oscuros detrás del neón.

En conexión con lo nacional, las siguientes secciones exploran ese Japón interno, tal vez menos conocido, que alimenta su autoestima, uniforma a sus habitantes, produce especímenes únicos (el «Síndrome de las Galápagos», p. 121). Pero encima de todo, los convence de que la mejor opción para renacer en vidas futuras seguirá siendo el imperio de la diosa sol Amaterasu.

Las secciones finales comprenden capítulos en los que el Japón, históricamente insular, se reencuentra con el mundo. Se sensibiliza con el Guernica, con el Quijote, y se vuelve testigo y cómplice de las lágrimas de Borges tras degustar sushi con wasabi: «¡Ahora puedo decir que la única comida del mundo que me hace llorar es la japonesa!» (p. 166).

Gonzalo Robledo representa «la vieja guardia» del periodismo, sin que eso demerite en modo alguno su práctica informativa y reflexiva hasta la actualidad. Por el contrario, una larga carrera desde su natal Colombia, hasta el archipiélago nipón –con colaboraciones permanentes para medios americanos, europeos y asiáticos– nutre su ejercicio vigente. Es evidente en su escritura lo que el gran maestro del periodismo mexicano, Vicente Leñero, denominaba «la talacha periodística». Su experiencia lo convierte también en referencia para la prensa extranjera, un productor y facilitador o *fixer*, como lo identifica Almudena Ariza en su prólogo, al evocarlo como un «maestro de cultura nipona» (p. 5).

Aun con esas reconocidas atribuciones, pocas veces el autor traslada su narración a la primera persona. Se trata de un espectador que observa y describe a los japoneses como esas terceras personas, ajenas, pero nunca lejanas. En sus relatos se precisan algunas fuentes oficiales, autoridades y personajes cercanos con nombre y apellido. Otras, se intuyen: voces académicas, lecturas,

experiencias y observaciones propias, entrevistas. Este acervo ha respaldado sus colaboraciones con medios como *El Espectador*, de Colombia, la *Agencia EFE* o *El País*, de España, y trascienden ahora en formato de libro.

En tiempos de redes sociales, de *prosumidores*, de esos consumidores que ahora producen sus propios videos de YouTube, blogs, y espacios con millones de seguidores, nos encontramos ante la posibilidad de recuperar otra mirada. No la de turista, la del *influencer*, que en una primera impresión se apresura a traducir la realidad de una manera personal o simplificada. No la del novel creador de contenidos que, entre etiquetas o videos populares en las redes sociales, se atreve a juzgar a los japoneses porque no salen corriendo y gritando durante un terremoto. Sí la del experimentado observador, inmerso en esa población telúrica; el que entiende e intenta explicar los protocolos de seguridad y, aún más, los sociales.

El oficio periodístico se nota además en el lenguaje llano y directo para conducir al lector de la intriga inicial al cierre contundente y reflexivo en cada uno de los textos... ¿Textos? ¿O artículos? Así es como los describe la prologuista. ¿Ensayos? Así es como los presenta el autor. ¿Crónicas? Así es como algunos lectores podrían reconocer parte de estos trabajos. ¿Columnas? Así es como se originaron en su colaboración periódica con *El Espectador*. En una era comunicativa de géneros híbridos, su clasificación se dificulta; no así, su lectura.

El paradigma fundacional de la realidad única e inalterable en el periodismo, también se somete a las ambigüedades de esta época, ante la mezcla –cada vez más notoria– entre realidad y ficción. La objetividad en estos trabajos no excluye episodios con la suspicacia de un toque ficcional: un hombre casado con el holograma de su vocaloide favorita; un representante de la mafia con tarjetas formales de presentación; una amiga que prepara su muerte digna seleccionando ella misma las flores y el menú para su funeral; una mujer pez japonesa que bucea noventa metros a pulmón en los cenotes sagrados de los mayas. Los personajes increíbles que nos revela Gonzalo Robledo traen ecos de mi propia experiencia periodística, entrevistando al también colombiano Jairo Aníbal Niño, autor de literatura infantil. La seriedad de cada respuesta se convertía en un cuento fantástico y sonreía como un niño travieso cuando se le pedía separar la ficción de esos pretendidos relatos de la vida «real».

En el caso de este libro, el autor recurre también a la gracia, creatividad y cercanía de recursos metafóricos. La inmersión en la vida nipona le otorga el permiso del epíteto y el adjetivo. Este es tal vez el sello de Robledo al caracterizar lo japonés. Se aprecia desde el índice, con un basto repertorio: «puntualidad nipona», «respetable brevedad», «hombres olorosos», «besos japoneses», «querencias, virtuales», «Eros nacionalizado», «traducción infravalorada», «idioma hospitalario», «Japón desolado», «agosto radiactivo», «samurái

pluriempleado», «dioses surtidos», «colas sagradas», «plenitud uniformada», «kamikazes dopados», etcétera.

La brevedad de los textos es también una constante en el estilo. En menos de quinientas palabras caben la anécdota, la entrevista, el dato de la fuente oficial, y su reflexión o cuestionamiento de cierre. A su lenguaje, se le suman pertinentemente los episodios en que el autor actúa también como guía y maestro, que nos ayudan no solamente a interpretar la realidad representada, sino la propia. Así, en la obra aprendemos la denominación formal de lambdacismo o rotacismo para esa común permuta entre la ele y la erre. Más de un lector sabrá de esas graciosas, incómodas o desconcertantes situaciones, como la de los japoneses que oraban por una elección y pasaron a la historia poniendo una erre donde debía ir ele. Pero esos fenómenos lingüísticos son de larga data y alcance entre nuestros propios países, desde Andalucía hasta las costas caribeñas, que han insertado en su cultura popular muchas frases de «amol» (p. 61) mucho antes del reggaetón.

Una notable ventaja de Robledo es su competencia en la lengua local. Esto le permite explorar los medios, los informes, las versiones oficiales de Japón para representar su propia realidad y a veces describir la de otros países. El libro nos plantea también un importante ejercicio de interculturalidad. En el medio académico, la enseñanza de lenguas pondera cada vez más el componente intercultural. El manejo de fuentes japonesas de Gonzalo Robledo no apunta simplemente a la obtención de datos, sino a su interpretación, contraste y dimensión ante los ojos de los lectores en otro entorno cultural. Por algo, su espacio periodístico se introduce como una «columna para acercar a los hispanohablantes a la cultura japonesa».

El libro –como puente– se cruza fácilmente, con la seguridad de que los pilares son sólidos y nos permitirán un acercamiento real a una sociedad que se percibe ampliamente –según la prologuista– como «otro planeta» (p. 6). Estas páginas reflejan el choque cultural para quien, proveniente del ámbito hispano, trata de expresar su solidaridad y empatía con un abrazo, ante la reiterada advertencia del autor: «No los toques, no los toques» (p. 5). No son de otro planeta; quizás de un entorno que a veces no alcanzamos a percibir desde otras latitudes. La tan mencionada singularidad de Japón ante el mundo es el reflejo de una sociedad rica, compleja y hasta cierto punto uniforme. Paradójicamente, en esa uniformidad cabe un universo de historias diferentes. En ese ajetreado y superpoblado cruce de Shibuya desfilan, sin rozarse la piel, millones de soledades. Son parte del todo que presenta este libro, y que describe a un país con un acelerado pulso vital, pero sin besos.





Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina  
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe  
Universidad de Buenos Aires